



Éxtasis cósmico

Por la noche Don Bosco era el último en acostarse. Visitaba antes los dormitorios, se detenía a dar cualquier disposición para la buena marcha de la casa o una conferencia a los clérigos. Cuando quedaba solo, el pensamiento de Dios le sacaba fuera de sí y le dejaba como aturcido. Nos contaba:

—Durante los años 1850-51-52, después de haber pasado todo el sábado trabajando y confesando y haberme entretenido contando cosas curiosas a los muchachos, que servían en el comedor, después de la cena, o a los clérigos después de las oraciones, subía a mi habitación hacia las once. Al llegar al mirador me paraba para contemplar los in-

finitos espacios del firmamento. Me orientaba por la Osa Mayor, fijaba mis ojos en la luna, después en los planetas y en las estrellas; pensaba, contemplaba la hermosura, la grandeza, la multitud de los astros, la lejanía sin fin que existe entre ellos, la enorme distancia hasta mí mismo; y dando la vuelta a estos pensamientos, llegaba a las nebulosas y más lejos aún. Reflexionaba en la última estrella de la última nebulosa; pensaba que cada una de los millones que forman aquel grupo podía ser como un centro desde donde se podía gozar el mismo espectáculo que se goza desde la tierra, desde cualquier parte, desde cualquier punto adonde se dirija la mirada en una noche serena y me

quedaba tan impresionado que sentía vértigo. El universo me parecía una obra tan grande, tan divina que no podía resistir aquel espectáculo, y mi única escapatoria era encerrarme de prisa en mi habitación...

Todos los muchachos, al llegar a este punto, estaban en suspenso, contenían la respiración, esperando qué iba a añadir Don Bosco; y él, después de una breve pausa, seguía:

—... y corría a esconderme bajo las sábanas.

Memorias Biográficas Tomo 4, Pág. 162